

El peso del tiempo

Oriol Bartomeus

¿Dónde estabas tú en 1978?

Según el recuento del Instituto Nacional de Estadística (INE), en 2021 residían en España poco más de cuarenta y dos millones de personas con nacionalidad española, lo que equivale a decir que la población está estancada desde hace unos diez años. En este tiempo, la cifra ha crecido en menos de medio millón y la proyección del mismo INE para 2030 estima un retroceso en más de un millón de individuos. El país ha dejado de crecer después de mostrar un incremento continuado desde la década de 1960. En los últimos cincuenta años España ha pasado de una población de treinta y cuatro millones a otra de cuarenta y dos. Ocho millones de incremento, sin contar a los residentes sin nacionalidad española.

Este saldo es el resultado, sobre todo, de entradas y salidas en el recuento, es decir, de nacimientos y defunciones, más la inmigración, claramente perceptible en los datos de la primera década del siglo XXI (un aumento de más de dos millones de personas entre 2001 y 2011). La consecuencia es un saldo positivo de ocho millones; pero esta no es, ni mucho menos, la magnitud de los movimientos.

En los últimos cincuenta años, más de dieciséis millones de personas han abandonado las listas del censo, mientras que se han incorporado a ellas casi veintiún millones. Desde el inicio del siglo XXI en España se registra una media de mil defunciones diarias, una tasa de mortalidad anual que en los últimos cuarenta años ha oscilado entre el 8 y el 9 por mil. Es un goteo permanente, tan cotidiano que no reparamos en él a no ser que nos toque de cerca. Estamos tan acostumbrados a ello que la demografía lo llama «movimiento natural». La gran mayoría de las defunciones son de personas de edad avanzada. En España, la tasa de mortalidad se dispara a partir de los ochenta años, sobre todo de ochenta y cinco. A esa edad mueren cien personas de cada mil, doscientas a los noventa, trescientas a los noventa y cinco. La esperanza de vida a los sesenta es de dieciocho años para los hombres y veintidós para las mujeres, según datos de 2020.

Ese goteo de entradas y salidas acostumbra a pasar desapercibido en su cadencia diaria, pero si se considera un periodo largo de tiempo su dimensión es apabullante, y más cuando se pone en relación con el conjunto de la población. Desde 1975 hasta ahora la desaparición de dieciséis millones de individuos equivale al 44 por ciento de la población de origen, los 36,3 millones de 1975. Los nacimientos que han tenido lugar entre esa fecha y la actualidad, más de veinte millones, suponen casi la mitad de los actuales habitantes de España. Esta es la auténtica dimensión del movimiento natural de la población en nuestro país. Cuatro de cada diez de los vivos en 1975 han dejado de estarlo, y casi la mitad de los vivos actuales no existían en 1975. Se trata de un terremoto silencioso, algo de lo que no somos conscientes hasta que echamos la vista atrás.

Pero más allá de estos impresionantes números, de la cantidad de individuos que han ido abandonando la escena a lo largo de las últimas cuatro décadas y de su reemplazo por otros que han nacido, lo realmente importante de este movimiento no es tanto su magnitud como lo que implica en términos de transformación de la propia población. Porque cuando hablamos de relevo no estamos sólo observando, o no principalmente, el reemplazo de individuos, sino el de un tiempo por otro, el tiempo que esas personas expresan. Porque las personas son tiempo, tiempo que respira. Somos portadores de un tiempo, el nuestro, que desaparece a la vez que desaparecemos nosotros. De este modo, los dieciséis millones de individuos que se han marchado a lo largo de los cuarenta y ocho años que van desde 1975 hasta ahora representan la extinción de un periodo impreso en sus vivencias, en sus recuerdos, pero no sólo eso, puesto que todos estamos conformados por nuestro tiempo, en el que nos ha tocado vivir y que ha dejado una huella en nosotros, el que acarreamos a lo largo de nuestra vida, que nos define.

Si consideramos a la población española según su año de nacimiento, debemos concluir que a lo largo de las últimas décadas hemos asistido a la desaparición de la Guerra Civil, entendida como episodio impreso en las personas que la vivieron, las nacidas hasta 1939. De ellas, hoy en día sobreviven 2,2 millones de personas. Tienen más de ochenta años y son las últimas de un contingente que en 1975 sumaba 14,7 millones y representaba a cuatro de cada diez españoles. En la actualidad son poco más del 5 por ciento. Así pues, por el camino han ido dejando la escena más de doce millones, que a su vez han sido reemplazados por personas nacidas mayoritariamente en democracia. Hoy en día estos últimos suman veintiún millones y representan la

mitad de la población con nacionalidad española. De estos, más de ocho millones han nacido en el siglo XXI y son dos de cada diez de los actuales habitantes del país.

Este reemplazo a gran escala implica una transformación profunda de algunos de los elementos constitutivos de nuestra sociedad, puesto que todos los individuos nacen en un contexto temporal determinado que les imprime lo que llamaríamos una «marca generacional». Cuando hablamos de relevo de generaciones, como el que se ha producido en España en estos años, nos referimos precisamente a esto, a la desaparición de unas personas definidas por su tiempo y su reemplazo por otras que llevan consigo uno distinto, y que por ello han desarrollado nuevos perfiles y valores, unas maneras, modos y comportamientos diferentes.

No es lo mismo haber nacido en los años cuarenta del siglo pasado que nacer hoy o hace veinte años. El contexto es significativamente diferente. Y eso, el simple hecho de nacer en un momento histórico determinado, nos define, nos deja huella, nos marca e impregna buena parte de nuestras posiciones y aspiraciones, nuestra idea del mundo y de nosotros mismos. Así, sumándonos, cambia el perfil de la sociedad, que difiere de la anterior porque los individuos que la componen varían, y con ello aportan su huella generacional al conjunto.

En 1975, quienes tenían cuarenta años habían venido al mundo en 1935. Hoy, los cuarentones nacieron en 1982. En los dos años ambos tienen la misma edad y comparten elementos asociados a esta, a pesar de que tener cuarenta en la actualidad no equivalga a lo mismo que en 1975. Sin embargo, los dos grupos tienen una posición similar en el ciclo vital. Es posible que tanto los cuarentones de 1975

como los actuales estén en aquel estadio que podríamos llamar «madurez». Han superado su etapa de formación (probablemente más longeva en los actuales cuarentones), puede que tengan pareja y tal vez descendencia; los primeros, seguro, los segundos, no tanto, ya que la edad de procreación ha aumentado sensiblemente. Desde el punto de vista laboral, se encontrarán en una fase de cierta estabilidad, aunque unos y otros dependerán de los vaivenes de la coyuntura.

Hasta aquí llegan las semejanzas, porque las experiencias de unos y otros durante sus respectivas existencias difieren de forma clara. Los nacidos en 1935 han vivido la mayor parte de su vida bajo un régimen dictatorial, se han formado en una escuela...